



# Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

## Instantáneas.

(Andrés Mellado.)



—Sabed, niños inocentes,  
que es un trajín del infierno  
nadar entre las corrientes  
de la opinión y el Gobierno.

## SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Para el certamen, por Fiacro Yráyoz.—Zarandajas, por Juan Pérez Zúñiga.—Amorosa, por Sinesio Delgado.—El Chiclanero, por Ángel R. Chaves.—El estímulo, por Luis de Ansorena.—El cronista Crème, por E. Navarro Gonzalvo.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Instantáneas: Andrés Mellado.—El rigor de las desdichas.—Actualidades (cuatro viñetas).—El Chiclanero (cuatro viñetas), por Cilla.



Los preparativos electorales están produciendo serias perturbaciones en Madrid y provincias.

Hay quien se ha empeñado en obtener un acta para el futuro Congreso, y no se da punto de reposo hasta conseguirlo.

—¡Pero, D. Atilano!—se le dice.—¿Cuenta usted con el apoyo oficial?

—Cuento con mi propia influencia y con mi honradez acrisolada. ¿Le parece á usted poco?

—Pero ¿con qué carácter político se presenta usted?

—Con el carácter de cabeza de familia mercantil é independiente. Por de pronto cuento con la protección de todo el ramo de gomas, porque mis principios fueron esos. Yo vine á Madrid con una partida de tirantes el año 56, y me establecí en compañía de un catalán, que luego resultó masón y lo desterraron á Lugo; después de los tirantes me metí decididamente en las gomas; después me casé, y ahora vivo con los productos de mis ahorros.

—Pero ¿para qué quiere usted ser diputado?

—Para serlo. Ya me canso de andar por ahí sin carácter oficial, pasando inadvertido á los ojos de todo el mundo. Llega el día dos de Mayo, verbigracia, y ni siquiera tengo el derecho de ir en la procesión, rodeado de víctimas, siendo como soy pariente inmediato de Daoiz por parte de madre.

\*  
\*  
\*

El caso es que D. Atilano anda hecho un azacán desde que pretende la diputación, y recorre las tiendas todas las mañanas para saludar á los comerciantes y hacerse simpático.

—¡Hola, señores! ¿cómo va? ¿Se vende mucho? ¿Y las esposas respectivas? ¿Buenas? Me alegro.

—¡Quite usted, por Dios! El comercio está perdido con lo de la beligerancia.

—El comercio y la industria y hasta los vínculos de la familia— responde él.—Aquí hace falta mucha administración, que no hay ninguna, y una gran entereza por parte de los diputados. No, lo que es como yo salga victorioso, juro á Dios que esto cambia radicalmente, porque á hombre enérgico me ganan pocos. Aun ayer eché por las escaleras á un cartero, porque quiso faltarles á mis dos niñas, una después de otra.

—Ya se conoce que tiene usted mal genio.

—Fuertecillo, fuertecillo... Y de mí no se ríen los norteamericanos, porque yo presento una proposición de censura en el Congreso y les fastidio.

D. Atilano se esfuerza por parecer simpático á los ojos del comercio, y extrema las atenciones, diciendo á lo mejor:

—Hombre, parece que está usted un poco pálido.

—Sí, señor; he pasado muy mala noche, porque se me echaron á perder siete cajas de plumas de acero.

—¿Siente usted fatiga? Para eso no hay cosa mejor que machacar un ajo y ponerlo en la boca del estómago, un poco inclinado á la derecha. Hágalo usted esta noche... Pues yo me presento candidato á la diputación porque me da grima ver lo que está pasando con eso de Cuba, y no debería decirlo, pero

tengo condiciones como pocos. No pensaba presentarme, pero me han animado los amigos; además, Cos-Gayón me conoce mucho.

—¡Ah! ¿es usted amigo del ministro?

—Hace mucho tiempo; cuando tenía que comprar tirantes siempre venía á casa. Yo ya he podido ser diputado la otra vez, pero entonces estaba con el trancazo y me descuidé; y eso que me decía mi señora: «No seas tonto, acude á los comicios, aunque tengas que ir arropado, y te llevas el bálsamo tranquilo, por si te da el dolor delante del cuerpo electoral».

\*  
\*  
\*

Todo esto que cuenta D. Atilano es pura invención, pues la esposa, lejos de aprobar sus proyectos parlamentarios, los combate enérgicamente, y no le falta razón, pues es lo que ella dice:

—¿Qué vas ganando tú aunque te saquen diputado? ¿Qué? Gastos y disgustos. Tú no tienes carácter para pedir la palabra ni para imponerte. ¡Si fueras como yo! Pero ¿tú? ¿Un hombre que se deja dominar por cualquiera!

—¿Yo?

—Niégame que no te domina D. Leoncio, el dueño de la fábrica de gaseosas, que siempre te está llevando la contraria y llegó á amenazarte con un sifón porque no estabas conforme con el nombramiento de Weyler. Es una locura lo que solicitas; mañana sales diputado y esa ropa que llevas no te sirve, pues no vas á presentarte en el Congreso con ese gabán, que parece una pelleja, ni estaría bien que enseñases los puños de la camiseta amarilla. Mañana, por cualquier circunstancia, tienes que desnudarte en el Congreso, y se reirían de ti si te viesen la camiseta.

—¡Pero si no me acostumbro á gastar otra!...

—Desengáñate, Atilano, tú no has nacido para hombre público; tú serás muy inteligente en gomas, que no te lo niego, pero no sirves para las luchas de la política ni tienes físico para ir á palacio el día que te nombrasen de la comisión del mensaje.

D. Atilano no se convence, y continúa buscando votos y molestando á las personas conocidas, ya en el Círculo Mercantil, ya fuera de él.

Y no se mete una sola vez en la cama sin que saque la conversación de las elecciones.

—Oye, Nemesia—dice á su señora,—por si me eligen, bueno fuera que entre las niñas y tú le echarais trencilla nueva al paletó, porque puede servirme para las sesiones ordinarias.

—Pero ¿cuándo vas á convencerte de tu inutilidad?—replica ella.

—No, si yo ya sé que no sirvo para diputado, hablando aquí en confianza, pero ¿crees tú que sirven los demás?

Luis Taboada.

## PARA EL CERTAMEN

(Á MI QUERIDÍSIMO AMIGO MARIANO DE CAVIA)

Monstruo por el cual pueden regirse los poetas que quieran hacer la letra del HIMNO NACIONAL.

(Música de la marcha de Cádiz.)

(Tempo di marcia.) Plan, rataplán, rataplán,  
plan.  
(Mezza voce.) Un ingenio de Aragón,  
rataplán,  
ha propuesto á *El Imparcial*,  
rataplán,  
que se premie una canción  
para el himno nacional...a...a...al.  
Y como era de temer,  
rataplán,  
y esto no lo invento yo,  
rataplán,  
(Crescendo.) hay quien dice por ahí  
unos que no  
y otros que sí...  
¡pero vaya usted á saber  
lo que luego saldrá de aquí!  
¡Sí!  
(Brillante e à tempo.) ¡¡Vi...va Cavia!!  
(Grazioso.) Aquí hay que hacer esdrújulos,

por más que son difíciles,  
siguiendo el metro rítmico  
del himno nacional,  
y si los lee Azcárraga,  
más fijo que la luz  
que al vate que coronen ¡chipé!  
le manda alguna cruz.

(Rumboso.)

¡Sal  
¡Arsa y olé!  
Si me dan esas pesetas,  
¡cuán-  
tos bistekes y chuletas  
voy  
á tomar en el café!  
Todo es cuestión  
de cortar de esta manera  
pa-  
ra decir lo que se quiera  
to-  
do seguido de un tirón.

(Scherzando.)

Y vuelta á los esdrújulos  
y á hacer versos ridículos  
que ni hechos á propósito  
podrán salir peor;  
se van metiendo sílabas,  
encajen bien ó mal,  
y cádate, Mariano, ¡chipé!  
el himno nacional.

(Da capo.)

¡Sal  
Un ingenio de Aragón,  
rataplán,  
ha propuesto... etc... etc...

(Y así sucesivamente.)

Por si sirve,

*Fiacro Tráyzoz.*

## EL RIGOR DE LAS DESDICHAS



—Se amotinan las verduleras, salgo yo á la calle y ¡plaf! me pegan coscorrones los guardias. ¡Se sublevan los estudiantes, paso yo á dos kilómetros de la manifestación y ¡pum! ya están los guardias haciéndome unos cardenales. Pero, Señor, ¿tendré yo facha de enemigo acérrimo de las instituciones?

## Zarandajas.

I

Contaba Cucufate de Avendaño  
que nada en este mundo le hace daño.  
—Ayer (decía), en el café de Prada,  
me tomé un chocolate con tostada,  
y detrás me di un baño.  
—¿Detrás se lo dió usted, don Cucufate?  
¡Buen tamaño tendría el chocolate!

II

Para huevos, los que ponen  
las gallinas de Melchor.  
Es tan grande su tamaño  
que, sin exageración,  
para poner cada huevo,  
según he sabido yo,  
no es bastante una gallina:  
tienen que reunirse dos.

III

Siempre que pido á mi padre  
que acabe con mis ingleses,  
me dice que son mis deudas  
como la bola de nieve.  
¿Como la bola de nieve?  
¡Qué cosas tiene mi padre!  
¡Por mucho que el sol las hiera,  
mis deudas no se deshacen!

IV

Don Melquiades Pingajillo  
tenía dos perros grandes  
(no veinte céntimos, dos  
mastines de los de carne)  
y al mirar con qué frecuencia  
los dos nobles animales  
le lamían á su dueño  
los pies, que eran como catres,  
decía yo:

—¡Animalitos!

¡Qué humildes son y qué amables!  
Pero aquellas lengüetadas  
dejaron de impresionarme  
desde el momento en que supe  
que era que el tal don Melquiades  
se daba lustre á las botas  
con salsa de calamares.

V

Don Jacinto Rosales es un pollo  
que siempre lleva puestos  
en el ojal del frac ó la levita,  
ora capullos tiernos,  
ya ramos de violetas, ya camelias,  
ya claveles inmensos,  
lo cual no tiene nada de chocante.  
Pero... (aquí viene el pero)  
como es tanto su afán de llevar flores,  
no sólo con exceso  
las lleva en el ojal y en los bolsillos  
y en la mano el muy necio,  
sino que hace cocer flores cordiales  
aunque está sano y bueno,  
¡por llevar hasta flores en el vientre  
por la parte de adentro!

*Juan Pérez Zúñiga.*

## Amorosa.

El ansia nunca mitigada, el goce  
no logrado jamás, siempre soñado,  
son en amor deleite continuado  
y la dicha mayor que se conoce.

La espuela del deseo  
tiene á los nervios un tensión constante  
y en los ojos ansiosos del amante  
brilla el alma en continuo centelleo.

El desdén, los desaires, el desvío,  
todo aumenta la llama, siempre nueva,  
y en tanto que apetece, nadie prueba  
las hondas amargas del hastío.

La dicha es ilusión; hay que buscarla  
con verdadero afán, con ansia loca,  
pero nadie la toque al alcanzarla,  
porque se aleja más si se la toca.

Es manantial eterno de dulzura  
el placer que se espera.  
Vale más la pasión luchando fiera  
que apagada y vencida por la hartura.

¡Desdichado el que alcanza,  
porque pierde el deseo y la esperanza!

.....  
Estar siempre al principio de la historia  
con la curiosidad, que sabe á gloria,  
buscar una mirada, ansiar un beso,  
esperar... y esperar... ¡amor es eso!

*Sinesio Delgado.*

# ACTUALIDADES



—Pos mia tú, yo creo que eso de que cada chico plante un árbol estará mu bien, pero que quié icirse que nos divertiríamos más si nos dejaran cortar uno á cada uno, ¿verdá tú?  
—Has estao supe.



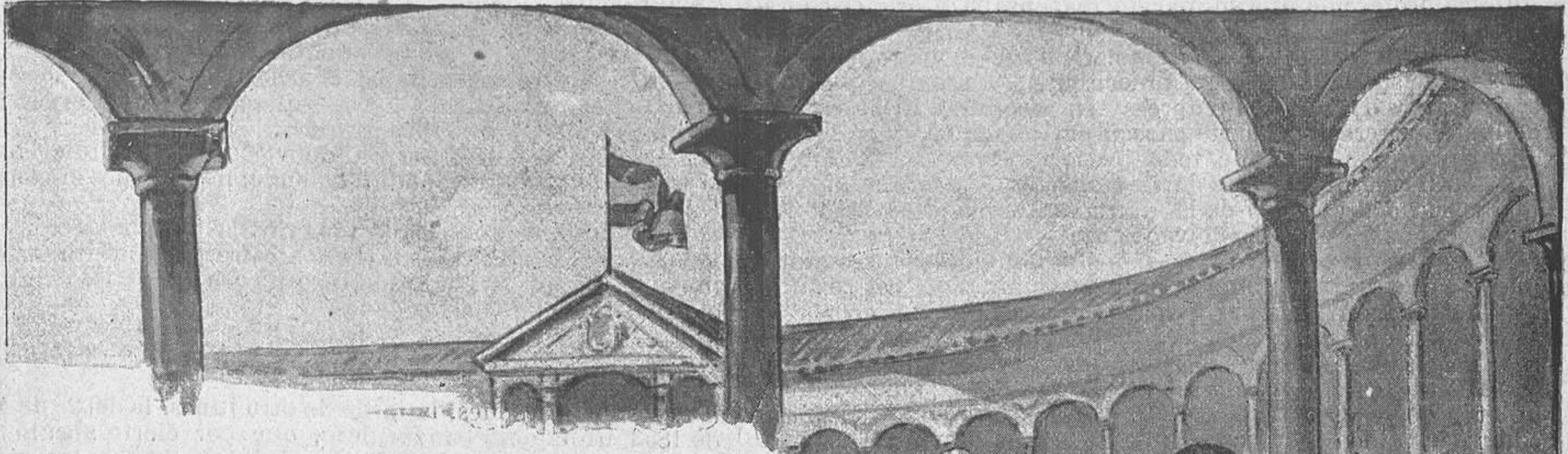
—A las once nos reunimos algunas personas influyentes, con el objeto de arbitrar recursos para armar un buque en corso. Yo he prometido contribuir con mil pesetas.  
—Sí; ya te he encontrado en el bolsillo la carta en que te invitan á dar los cuatro mil reales. Por cierto que la firma *Amelia*.



—¿Hay muchos cerdos en Nueva York? ¿Sí ú no? ¡Sí! ¿Nos cuesta algún trabajo entrar y traérnoslos pa acá todos? ¿Sí ú no? ¡No! ¿Puede ésta meterlos dimpués sin pagarderechos cuando yo esté en la casilla? ¿Sí ú no? ¡Sí! ¡Pues está más claro que el agua que nos conviene la guerra!



—Lo que es si Colón no hubiese descubierto la América, no sería yo|quien la descubriera ahora aunque|me lo pidieran frailes capuchinos. ¿Para qué? ¿Para tener disgustos?



## El Chiclanero.

### I

Dicen los que conocieron á José Redondo (y en este punto estaban conformes hasta los que, por partidarios de su rival Curro Cúchares, no querían conceder nada al *Chiclanero*) que era tanta la sal que derramaba su persona, que en los alamares de su traje de luces cuando pisaba la plaza, y en los botoncillos de filigrana cordobesa de su marsellés cuando vestía de calle, se iban enredando tantos femeniles corazones, que con ser él de condición blanda y enamoradiza, tenía que mostrarse á las veces desdeñoso ó desabrido con las insinuaciones de más de una dama, no seguramente de las de peor condición social.

A que esto último sucediera contribuía no poco la propensión que el celebradísimo diestro cuentan que tenía á serle más gratos los un tanto ariscos halagos de las hijas del pueblo que no los almibarados mimos de alcurniadas señoras que, aun á riesgo de no dejar del todo bien parado su recato, hacían gala de preferencias para con el popular y jacarandoso torero.

Decíase entre sus más fanáticos admiradores que tales despegos habían contribuido en más de una ocasión á aumentar el prestigio de su no menos famoso contendiente, y no porque éste cuidara de disputarle otra cosa que los aplausos, sino porque las desairadas, por mortificar el amor propio de Redondo, se inclinaban ó aparentaban inclinarse al partido, no por cierto escaso, de Francisco Arjona. Pero fuera de ello lo que quisiera, lo seguro es que el que menos se percataba de tal cosa era el interesado, que, voluntarioso y aficionado á salirse siempre con sus caprichos, seguía esquivo con quien quería serlo, y dejaba que se le encogiera hasta quedársele del tamaño de una nuez aquel corazón, tan grande delante de los toros, cuando daba en jugar con él cualquier belleza de las de zapato de galgas, falda de *varés* plegada de volantes y rizos como platos pegados sobre las sienes.



Y claro está, como hay quien dice que las mujeres se parecen á las reses bravas en que se *comen el terreno* del que las torea, cuando éste no logra dominarlas con su valentía y su confianza, loco traía al *Chiclanero* cierta cacharrera que tenía su mo-



desta pero no poco concurrida tienda en sitio de la corte que no nombro, allá por los años—que la muerte de Redondo hizo breves—en que sorbido el seso á los buenos aficionados tenía el perfecto modo de ejecutar la suerte de recibir, de que en cada corrida hacía alarde el inolvidable *Chiclanero*.

### II

Y no era, por Dios, que la moza—que por lo bonita parecía una onza de oro, y por lo retrechera y salerosa quitaba el sentido á cuantos contemplaban el airoso contoneo de sus caderas—con malos ojos mirara ni de mal grado recibiera los obsequios de su disputado galán. Era, por el contrario, que, celosa y altiva como buena madrileña, el medio más expedito que encontraba de tomar venganza de las verdaderas ó supuestas infidelidades de su cortejo era darle *achares* con el primer adorador de los no pocos que á cada paso le deparaba la suerte.

Por los días de mi cuento, uno de los que ni á sol ni á sombra dejaba vivir á la cacharrera, asediándola á regalos y abrumándola á visitas, era un grande de España, cuyo título se comprenderá fácilmente que me libre muy bien de decir, y que, aunque heredero de un apellido que habían hecho sus abuelos cien veces ilustre, habría pasado inadvertido á los ojos de sus contemporáneos de no haberse encargado de darle renombre y fama la también nobilísima esposa á quien había hecho partícipe de su cuantiosa fortuna y de sus envidiados blasones.

La rivalidad memorable de aquella hermosísima y ostentosa señora con otra no menos bella ni menos dada al fausto y boato, fué tan célebre en Madrid por aquellos días que, así como ellas, por mostrar á las claras su antagonismo, tomaban partido por este ó el otro tenor en las óperas que entonces se cantaban en el Teatro del Circo, ó por determinado matador de los que actuaban en nuestra plaza, no sólo la multitud se afiliaba apasionadamente á cada uno de los grupos que las dos aristocráticas damas acaudillaban, sino que éstas tenían sus órganos, si no oficiales, por lo menos oficiosos, en los más caracterizados periódicos de la corte.

El que, en lo que á la parte taurina se refiere, la esposa del prócer que nos hemos visto obligados á sacar á plaza fuera *chiclanerista* decidida no era obstáculo para que su marido, que, si no en otros ramos del humano saber, presumía de muy versado en el arte de Romeros y Costillares, perteneciera á la bandería de los más fogosos *cucharistas*. Cosa que, á decir verdad, le costaba serios disgustos. Porque ¿quién quitaba del magín á la ilustre y festejada dama que la estudiada frialdad

con que Redondo acogía sus distinciones no dimanaba de la pública protección que su marido dispensaba á Francisco Arjona?

El duque—porque ducal era la corona que el magnate ostentaba sobre su escudo—no se preocupaba, sin embargo, gran cosa de tales detalles. Su empresa magna era rendir el corazón de la cacharrera y la suerte parecía empeñada en ayudarle.

El rumor—en honor de toda justicia desprovisto de fundamento—llegado á los oídos de la cacharrera, de que su amante no era sordo al reclamo de la duquesa, había despertado sus celos y con ellos el deseo de venganza.

La esquiua de antes volvióse con él tan melosa é insinuante, que es fama que cierto lunes, al llegar como tenía por costumbre Redondo, antes de ir á vestirse para salir al ruedo, por el tenducho de platos de Talavera y pucheros de Alcorcón, en tan sabrosa plática encontró á la dueña del establecimiento y á su ya no por cierto mozo ni gallardo pretendiente, que cuentan que tan hosco y desabrido se volvió á la calle, que la moza, comprendiendo que tal vez había llevado la broma demasiado lejos, salió desolada para gritarle:

—¡José, José, vuelve!

Pero éste, pálido de coraje, no hizo más que mirarla un punto y, sin contestarle siquiera, tomó rumbo hacia la calle del León, en cuyo número 20 acostumbraba á parar siempre que venía á torear á Madrid.

### III

Una salva de aplausos saludó aquella tarde la entrada de la duquesa de \*\*\* en su palco de la Plaza de Toros. Los pesados pliegues de una mantilla blanca de tan sutiles encajes que de manos de hadas parecía labor dejaban ver un corpiño á la jerezana de color amaranto con guarniciones y morillos de plata pasada, en un todo semejante al traje que debía lucir Redondo. Para que esta semejanza fuera todavía más exacta, imitando los cabos pajizos de la pañoleta y el ceñidor del espada, lazos y flores del mismo matiz completaban el adorno de la dama.

Más modestamente vestida, pero no menos hermosa, y acompañada de una amiga, la cacharrera ocupaba ya un banco del tendido cinco.

La corrida fué de las que han dejado eterna memoria en la de los buenos aficionados. Solos en el ruedo, como jefes de cuadrilla, los dos rivales, tan de cara tuvieron ambos el *santo*, según el tecnicismo taurino, que ni un momento dejaron de premiar los más calurosos aplausos lo mismo los juguetes de *Curro* que las estocadas á *toro recibido* con que José dió fin de los suyos.

Al salir el segundo de los que le tocaba matar á éste, sus partidarios prorrumpieron, sin embargo, en un grito de indignación. El animal que acababa de aparecer en la puerta de los chiqueros tenía lo menos siete años, y con su cuerna amenazaba llegar al alero del tejado, según era ésta profusa y levantada. ¡No cabía duda, aquello era una intriga de los otros para deslucir, ya que no para acabar con su ídolo!

El único que no se curó de tal cosa fué Redondo, que, emulando en éste más que en ninguno los adornos y guapezas de su rival, después de haber lanceado de capa de un modo verdaderamente magistral, recortando con sin igual gallardía capote al brazo, metió con el mayor desahogo la mano en el alto morrillo para arrancar, sin el más leve esfuerzo, la moña con que el bicho salía engalanado.



Hecho esto, y entre una verdadera tempestad de aplausos, saltó al callejón, sin abandonar su presea, precisamente, por delante del sitio en que la cacharrera temblaba de emoción ó de miedo por la vida del que era el solo dueño de su corazón.

Pero éste, pasando sin mirarla siquiera, se dirigió á la puerta de alguaciles.

Unos instantes después estaba en el palco de la duquesa de \*\*\* para ofrecerle galantemente la divisa.

—Bien puedes apretarte las charnelas del calzón, José—dijo el duque con maliciosa sonrisa,—que no creo que hayas matado en tu vida un toro más grande.

—De más edad que ése ha de verme V. E. lidiar alguno si se fija un poco—respondió Redondo, no sabemos si con sorna ó con jactancia.

Y ocultando la duquesa con las varillas del abanico la carcajada que se escapaba de sus labios, estrechó con intención la mano del espada al pagar el obsequio con un valioso anillo recién salido de uno de sus dedos.

### IV

Pocos años después, la tarde de otro lunes, la del 28 de Marzo de 1853, un famoso banderillero, que por cierto siguió hasta no hace mucho ejerciendo su profesión, salía con los ojos llenos de lágrimas de aquella casa de la calle del León de que ya hicimos mérito.

En ella, víctima de la hemotisis que desde hacía largos meses le impedía vestir el traje de alamares, acababa de expirar, en la flor de su juventud y en el apogeo de sus triunfos, el nunca bastante celebrado espada José Redondo, el *Chiclanero*.

El banderillero, á pesar del dolor que ni cuidaba ni hubiera podido disimular, al poner el pie en el portal no pudo menos de alzar la cabeza, distraído por las descompuestas frases que, disputándose el paso, se cruzaban entre una dama que acababa de apearse de un carruaje blasonado y una mujer que se envolvía en un mantón de los de ocho puntas.



El acongojado torero se paró un momento, é igualándolas con una mirada en que se mezclaban la indignación y el desprecio, exclamó:

—¡Largo de aquí! Allá arriba ya no tenéis nada que hacer. ¡Si rezáis por su alma será lo único bueno que hayáis hecho en vuestra vida!

Y volviéndoles la espalda, echó á andar hacia la parroquia de San Sebastián.

Ahora me preguntará el lector: ¿Qué hay de particular en este relato, cuyo fondo es rigurosamente histórico? No más que un detalle muy digno de notarse. Tales cosas no pasaban en los *corrompidos* tiempos de Godoy y de María Luisa, si no hace menos de cincuenta años.

Angel R. Chaves.

## El estímulo.

### I

Lleno de espanto, un soldado,  
en mitad de una batalla,  
tiró el fusil y volvió  
al enemigo la espalda.  
Y Napoleón el grande,  
que desde un cerro observaba  
la acción, por casualidad

vió el caso y con voz airada,  
—Un soldado, dijo, sólo  
tolerar puede una mancha:  
la de su sangre vertida  
para defender la patria.  
Traíganme al punto al cobarde  
que así su uniforme ultraja,  
y tiemble... ¡porque en la guerra  
el castigo es la enseñanza!

## II

Cazado como una res  
vino el cobarde á las plantas  
de Napoleón, que dijo  
clavando en él su mirada:  
—¿Tan poco vales que no  
sabes morir en campaña?  
—Señor, respondió el soldado,  
alzando la frente pálida...  
si falté, que no lo niego,  
haced castigar mi falta.  
Fuí cobarde... me acordé  
de mi madre que me aguarda..  
¡Tengo la seguridad  
de que muere si me matan!

—¡Tu madre!... ¿Olvidaste, pues,  
que la primera es la patria?  
—No lo olvidé; pero ahora  
no es de ella de quien se trata...  
¡No es la patria la ambición  
de conquista que os abrasa!  
Si yo en peligro la viera,  
de mi madre me olvidara...  
¡La patria me importa mucho,  
ma; vuestra soberbia, nada!  
Y por eso, hace un instante,  
pensando en la pobre anciana,  
por vez primera en mi vida  
volví al contrario la espalda.  
¡Gran pena me dió mi madre!  
¡Vos sólo me disteis rabia!

Luis de Ansorena.

★  
EL CRONISTA «CREME»

(MONÓLOGO)

Ante todo la tarjeta:  
«Inocencio Majadrones.»  
Visto siempre de etiqueta.  
Soy cronista de salones.  
Como luego se verá,  
tengo una pluma divina.  
Hoy voy invitado á la  
embajada cochinchina.  
Con detalles y primores,  
dignos de estos personajes,  
describiré á mis lectores  
los prendidos y los trajes  
de las damas *com'il faut*  
que desfilen por allí.  
Para esto, no hay como yo  
en la prensa de Madrid.  
Del *Cencerro* y de la *Lidia*  
soy el redactor más listo,  
¡y me tienen una envidia  
Monte-Amor y Monte-Cristol!  
Yo con nadie quedo mal,  
que eso fuera una bobada.  
Epígrafe general:  
*El baile de la embajada.*  
«Estaba la embajadora,  
esto es ocioso el decirlo,  
deliciosa, seductora  
con su traje blanco-mirlo.  
Como serpientes ondulantes,  
su garganta escultural  
ciñen hilos de brillante;  
de tamaño colosal.  
Y entre la rubia guedeja  
luce artístico capricho:  
una perla con su almeja,  
con su concha, mejor dicho.  
Junto á ella, la de Barcinós,  
que ha debutado de suegra,  
luciendo sus pergaminos  
y una hermosa perla negra.  
Iba de azul la de Prado,  
vistiendo elegante blusa

con ancho escote cuadrado.  
De gris perla la Jesusa.  
La baronesa de Umbría  
se presentó en los salones  
ostentando en pedrería  
doce ó catorce millones.  
La marquesa de las Brumas  
sólo llevaba un rubí  
y un abanico de plumas...  
de plumas de colibrí.  
Y en fin, á cual más hermosas,  
seductoras y elegantes  
estaban las candorosas  
señoritas de Calmantes.  
La duquesita del Pa,  
la vizcondesa del Pe,  
la viuda de Veteyá,  
la entenada de Plaqué,  
y cien mil hermosas más  
cual no las soñó el deseo,  
y es claro, de ellas detrás,  
lo mejor del sexo feo.  
Dos arzobispos y dos  
generales muy notables,  
seis diputados y los  
consejeros responsables.  
Un afamado escultor,  
un poeta, un ciclista,  
un cómico, un orador,  
dos tenores... y el pianista.  
¡Con cuánta fruición recuerdo  
aquella grata velada!  
Si alguna noche me pierdo,  
es que estoy en la embajada.  
Aromas, luces, colores...  
¡qué deliciosa mansión!  
Arcángeles tentadores...  
y sublimé cotillón.  
Eso es *chic, pchst y crema...*  
¡Si de alabarlos no hay modo!  
Qué elegancia tan suprema,  
y qué *buffet*, sobre todo!

CREME.

Por la copia,

E. Navarro Gonzalvo



Á la hora presente continúa el respetable senador norteamericano Mr. Morgan diciendo pestes de nosotros en plena sesión, para que los corresponsales de todo el mundo lo hagan saber á sus respectivos países. Nos llama á diario pillos, canallas, cobardes, sinvergüenzas...

Y nosotros seguimos aquí con los pantalones puestos por un exceso de modestia.

Pero nos los quitaremos de un momento á otro.  
Porque para lo que nos sirven...

Vamos á ver:

Aquí se permitió el Sr. Concas el lujo de criticar ciertas deficiencias propiamente administrativas de los Estados Unidos, y aunque lo hizo en el seno de una sociedad particular, le faltó tiempo á Mr. Taylor para pedir explicaciones á nuestro enérgico Gobierno, que, como era de temer, se apresuró á dárselas.

Bueno, pues ¿tienen ustedes la menor noticia de que nuestro respetable ministro de Estado haya encargado al Sr. Dupuy de Lôme alguna misión por el estilo?

No, padre.

Cuando parecía lógico y natural que España hubiera dicho ya á estas horas oficialmente á los Estados Unidos:

—¿Es verdad que los senadores Fulano y Mengano dicen de nosotros esto, lo otro y lo de más allá?

Pues tengan ustedes la bondad de invitarles cortésmente á que rectifiquen en el término de veinticuatro horas, porque de no hacerlo así les vamos á mentar la madre más pronto que la vista.

Parece que han empezado á rodar por los periódicos ciertas insinuaciones malévolas contra la gestión militar y política del general Weyler.

Á las personas sesudas y sensatas, como es natural, les ha parecido muy mal esto.

Puede que tengan razón, pero ¡caramba! el caso es que estamos como el primer día. Los insurrectos lo quemaron todo, machetean á quien se les antoja y van y vienen por donde les da la gana.

Y para eso... no necesitábamos haber enviado á la isla un solo hombre ni una sola peseta.

De una estadística recientemente publicada por *El Imparcial* resulta que los Estados Unidos tienen veinticuatro mil quinientos doce buques mercantes, y España no pasa de mil novecientos ochenta.

Y añade el apreciable colega, en un arranque verdaderamente español con vistas á Lisboa:

«Por lo tanto, en caso de guerra tienen más que perder los norteamericanos que nosotros.»

Eso es verdad, pero viene á ser lo mismo que decir:

«El ejército enemigo se compone de 25.000 hombres perfectamente armados y equipados; el nuestro no llega á 2.000 sin armas ni municiones. De donde se desprende que llevamos la de ganar de todas maneras.»

Lo cual, aunque no tenga otras ventajas, sirve para pintar el carácter.

Entre otras cosas ha dicho Mr. Morgan:

«Cuanto á la guerra de Cuba, no sólo existe, sino que es horrenda.»

¡Ay! la lástima es que se equivoca usted en la parte que nos corresponde.

Porque hasta ahora no hemos quemado nada, ni hemos fusilado á nadie, y de eso depende que nos engañen los espías, que nos vendan los colonos y que luchemos en condiciones desventajosas. ¡Otro gallo nos cantaría si fuésemos nosotros los que incendiásemos cañaverales y colgásemos de los árboles á los insurrectos!

Hasta es posible que Mr. Morgan se hubiese quedado con sus diatribas en el estómago.

Porque ¡ay! aquí tenemos de todo, menos experiencia.

Se abolió la esclavitud, se publicaron algunas leyes de espíritu liberal en las Antillas, y estalló una insurrección que duró diez años. Se votaron unas reformas que colocaban á la Isla de Cuba en más ventajosa posición que las provincias de la metrópoli, y brotaron Máximo Gómez y Maceo en la manigua....

Y todavía hay candidas palomas que creen que allí se afirmaría la paz concediendo la autonomía...

¡Como si no hubiéramos conservado nuestras colonias más de tres siglos gracias al sistema del palo, y no se nos hubieran escapado de entre los dedos en cuanto aflojamos las riendas!

¡Y como si las demás naciones que nos aconsejan que seamos amables y cariñosos para evitar mayores males estuvieran repartiendo dulces constantemente en los territorios anexionados!

Francia en Argel, Inglaterra en la India, Alemania en la Alsacia-Lorena, ¿son suaves como el terciopelo? ¡No señor, que dan cada latigazo que encienden!

Y váyales usted á decir que les concedan libertad administrativa y gobierno propio.

Entre las cosas prodigiosas que están sucediendo en Cuba, ninguna como la que telegrafía á *El Imparcial* el miércoles último su corresponsal en aquella isla:

«Los vecinos leales de Batabanó han acampado en el mar durante la noche del 15.»

Como la cosa lo merece, *El Imparcial* puso á ésta noticia el siguiente título en letras gordas:

FAMILIAS ACAMPAN EN BOTES

¿Y qué harían los insurrectos aquella noche?  
Naufragar en un sembrado.

Esto de Cuba nos trae bastante descompuestos.  
Nuestros batallones se pelean unos con otros.

Nuestros periodistas se pelean con nuestro idioma.  
Y no sabemos dónde tenemos el campo ni la gramática.

Verdad es que lo mismo les sucede á los corresponsales de Nueva York.  
Porque á *El Liberal* le dice uno, con la misma fecha:  
«Este país quiere la política de no intromisión.»  
Es la misma política del Diccionario de la lengua.  
Que tampoco quiere *intromisión*, ni la pone, ni existe en castellano.

Parece que el Círculo de Bellas Artes va á dar una becerrada.  
¡Olé, el arte!  
Es lástima que haya aceptado Pradilla la dirección del Museo de pintura.  
Porque se la podíamos haber dado al Algabeño.

Aunque no debe estar bien visto que yo lo anuncie, no puedo resistir á la tentación de participar á ustedes que un editor amable ha publicado y puesto á la venta un libro que se titula así:

### ARTÍCULOS DE FANTASÍA

por  
SINESIO DELGADO

Forman el tomo los cuentos, ó como quiera llamárseles, *Juicio oral y público, Pajaritología y Formio XXVI*, con monos de Cilla y *Mecachis*. Se vende, ó por lo menos puede venderse, en todas las librerías y en la Administración de éste periódico, á 2 pesetas ejemplar. Ahora... hablen ustedes.

### CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. M. A.—¡Recomba! Pues... no puedo aprovechar ninguna.  
*El del álbum*.—Sí, señor; llegaron hace muchísimos días, va para tres meses; pero ¡ay, es una gente tan pesada! ¿Quiere usted la mía sola? Se la mando en seguida.

*Catapulta*.—Y efectivamente, si sigue usted, así no le van á quedar torreonos á la gramática.

*Pancho*.—En vista del esplendoroso día se le ha ocurrido á usted lo siguiente:

«Sol espléndido que radiante asoma  
lúgubre día de duelo y de algazara  
todo es confuso en la muchedumbre  
y nadie á la calle asomaría la cara.»

Conque ¿qué se le habría ocurrido á usted si hubieran caído rayos y centellas?

Sr. D. G. D.—Fíjese usted bien, porque desgraciadamente esos no son versos siquiera.

*Pico de Mirandola*.—Y digo lo mismo, porque verá usted:

«Un estudiante de la Universidad  
viendo que estorbaba á la policía  
ha decidido marcharse el otro día  
mandando al gobernador de la ciudad  
una carta en que le decía...»

¿Ve usted? Pues no hay dios mitológico que sepa la medida á que ha querido usted ajustarse. Y ésa es una contra muy grande para brillar en literatura, ¡qué demontre! Aunque... no es usted solo.

*El de marras*.—Como poder seguir versificando, sí puede usted; pero huyendo como del fuego de que se le ocurran vulgaridades.

*Periquillo*.—Inocente el cuento. Además, la versificación es un poco premiosa y difícil.

Sr. D. J. P.—Pero, hombre, ¿cómo quiere usted que yo publique un bombo tan exagerado? Lo agradezco muchísimo, eso sí, pero... ¿qué dirían de nosotros?

*Zarro*.—Hay muchos besugos que escriben como las personas y muchas personas que piensan como los besugos. No le digo á usted más.

Sr. D. C. C.—No puede decirse que están mal, pero los asuntos son muy vulgares y la forma es un poco pedestre.

*Quijano de Fernans*.—Muy flojita, mucho. Sin ir más lejos, en el primer verso:

«Cuando se bebe el aliento de unos ojos»

se ve que no tiene las sílabas reglamentarias y que se hace un esfuerzo de imaginación para suponer que los ojos tienen aliento. De ahí á decir que la boca *centellea* no hay más que un paso.

Sr. D. E. C. A.—No está mal hecha; pero esas composiciones con especie de pies forzados pasaron de moda hace mucho tiempo, cuando el género festivo estaba en mantillas.

Sr. D. D. M. E.—Villagarcía.—Recibida y repartido.

Sr. D. L. C.—El asunto es candoroso de veras.

Sr. D. L. M. V.—Lo mismo pasa en la composición de usted. Pero... no tiene nada de particular, porque á los diez y seis años ¿qué va á hacer un hombre?

*Don Cleto*.—Sobre que la forma carece de soltura y facilidad, la idea es asaz antigua y un tantico herética. ¡Como que es la misma de la primera copla del ciego del *Cádiz*!

*Ucy*.—El cuento, que supongo será viejo, tiene gracia, pero está relatado sin picardía de ninguna clase.

**REÚMA** y neuralgias. Curación radical con la solución York. Cura un 98 por 100. Frasco, 9 reales.—Dep. G.<sup>a</sup> Hz. y

**Sauco, 13, botica.**

NOTA. Tenemos la infalible **BIZMA YORK**, que corrige pronto la esterilidad.

CHOCOLATES Y CAFÉS  
DE LA  
**COMPañIA COLONIAL**  
TAPIOCA—TÉS  
50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES  
DEPÓSITO GENERAL  
CALLE MAYOR, 18 Y 20  
MADRID

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS  
COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE  
MALAGA—MANZANARES

### MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

#### PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

#### PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: PENINSULAR, 4, primero derecha.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

Representante exclusivo en la República Argentina, D. Luis Cambray, calle Ribadavia, 512, Buenos Aires.

MADRID—Imprenta de los Hijos de M. G. Hernández, Libertad, 16 dup.º